

Julio JIMÉNEZ BLANCO, *El Cardenal José María Bueno Monreal. Un humanista integral. Una biografía (1904-1987)*, Ed. Universidad de Sevilla – Biblioteca de Autores Cristianos, Sevilla 2016, 767 pp.

El 21 de agosto de 1987, en la página 18 de la edición sevillana del conocido periódico ABC, José Luis Martín Descalzo se hacía eco del piadoso fallecimiento, el día anterior, del que durante casi 28 años fuera Arzobispo metropolitano de Sevilla, José María Bueno Monreal. Con estas atinadas palabras, el periodista bosquejaba el perfil de este Prelado, que hizo honor a su apellido: «Con la muerte del cardenal Bueno Monreal, la Iglesia española pierde, ante todo, un hombre bueno en todos los sentidos de esta hermosa palabra, un creyente luminoso y feliz [...] Para quienes tuvieron la suerte de conocerle, lo que quedará es su sempiterna sonrisa, su bonhomía, su espíritu positivo y abierto, esa bondad que, de algún modo, le hermanaba con quien fue un buen amigo suyo: Juan XXIII [...] “Hombre magnánimo y libre”, tres palabras que retrataban perfectamente su espíritu. Ni la púrpura le endiosó, ni los cargos le envararon. Pudo pasar por entre los brillos de este mundo sin perder una gota del espíritu del niño que le brillaba al fondo de sus ojillos».

La enjundiosa y acertada síntesis que Martín Descalzo realizaba del insigne Purpurado ha sido ampliada, con esmero y sin adulación, por Don Julio Jiménez, que en la presente monografía ha puesto de manifiesto estas y otras conspicuas cualidades humanas, cristianas y pastorales de Bueno Monreal. El autor, gracias a un

conciencioso trabajo de varios lustros, ha puesto a nuestra disposición, con gran precisión y abundancia de documentación, el retrato del que fuera sucesor de San Isidoro en la silla hispalense, brindándonos la figura de un Pastor según el Corazón de Cristo.

Las páginas de este volumen son fruto granado de, además de la tesis doctoral en Historia por la Universidad de Sevilla del autor, que ilustraba la vida y obra del citado eclesiástico desde sus primeros pasos hasta el Vaticano II, del meticuloso análisis del posterior itinerario episcopal de Don José María, desde esa magna asamblea conciliar hasta su fallecimiento en la Clínica Universitaria de Navarra en la fecha arriba mencionada.

Aunque algunos archivos permanecen todavía inaccesibles a la consulta de los estudiosos por motivos legales, no por ello el Dr. Jiménez ha ahorrado esfuerzos en su infatigable tarea de ofrecer una biografía, lo más exhaustiva y completa posible, de este ilustre hijo de la tierra aragonesa y andaluz de corazón. Y de ello da buena prueba esta útil y luminosa obra, que recopila una nutrida y enriquecedora información sobre el mismo gracias al riguroso manejo de un vasto acervo documental, detallado minuciosamente y pedagógicamente al final de la misma (cfr. pp. 741-754). A ello hay que sumar las noticias que el autor ha recabado por medio de múltiples entrevistas realizadas a testigos que convivieron,

conocieron, colaboraron o simplemente trataron al cardenal Bueno Monreal. Constituyen un ramillete de personas provenientes del ámbito familiar, académico, sacerdotal, político, etc., que nos brinda de primera mano sabrosas anotaciones de aquel que, al decir del que fuera su Obispo auxiliar, Mons. Antonio Montero, fue «ante todo un hombre de Dios, de fe sencilla, de fe de aldeano, fe que ha inspirado todos sus actos» (p. 731). De este modo, el lector de este libro puede contar no solamente con datos objetivos sobre este preclaro Pastor, muchos de ellos hasta ahora inéditos, sino también con apreciaciones variopintas y de diverso calado, tendentes todas ellas a plasmar y ponderar las distintas facetas de uno de los protagonistas más activos y encomiables de la Iglesia en España durante el pasado siglo. A lo cual ayuda el cuidado con que Don Julio contextualiza en todo momento el marco en el que va desarrollándose la vida del Purpurado y los factores eclesiales, históricos, políticos y sociales que pudieron influir en sus opciones personales, en sus prioridades pastorales y en sus decisiones de gobierno.

El autor ha desglosado la significativa trayectoria de Bueno Monreal en 14 capítulos: infancia y formación (1904-1927); el sacerdote (1927-1946); el Obispo de Jaca (1946-1950); el Obispo de Vitoria (1950-1954); Arzobispo coadjutor en Sevilla; Administrador apostólico y Cardenal; dos obras significativas: viviendas sociales y formación del clero; el Cardenal Bueno Monreal en

el Concilio Vaticano II (1959-1965); primeras acciones del Cardenal después del Concilio; el Sínodo hispalense; la Asamblea conjunta Obispos-Sacerdotes y su repercusión en Sevilla; los centros de formación en Sevilla (1965-1982); el clero y la comunidad política en el postconcilio de la Iglesia de Sevilla; y últimos años del Cardenal Bueno Monreal.

Este obra presta un invaluable servicio, ya que, con un estilo ágil, claro y ameno, difunde y deja constancia de la vida y quehacer apostólico de un hombre cuya aportación fue esencial para la Iglesia en España en unos momentos para nada fáciles. Tal vez su actividad no fue de tanto relieve como la de otros eclesiásticos contemporáneos del Purpurado, pero este volumen nos muestra que no por ello fue menos importante, eficaz ni decisiva. En este sentido, podemos decir que Bueno Monreal encarnó como pocos la vocación de “deuteroagonista”, es decir, esa conducta del que tiene conciencia de lo que es, pero no ama los alardes ni ambiciona los primeros puestos, sino que, imbuido de una espiritualidad nazaretana, trabaja incondicional e incansablemente en la sombra, a modo de segundo violín, instrumento que en una orquesta es tan discreto como de vital trascendencia para la consecución del éxito. La lectura de este volumen pone de relieve la humildad y prudencia de Bueno Monreal, que supo que la felicidad del obrero de la viña del Señor no estriba en los honores, sino que consiste en seguir las huellas de Aquel que vino a servir y a no ser servido. Su talante

sereno, su capacidad de consejo y su fidelidad al Evangelio le ayudaron a ello, por lo que pudo cooperar incisivamente a la transformación de las relaciones Iglesia-Estado en España, principalmente tras el Vaticano II. En opinión de Mons. Rafael Bellido Caro, Obispo muy cercano al cardenal Bueno Monreal, esa tarea pudo también llevarla a cabo en virtud de «una apertura extraordinaria, un gran respeto a todo el mundo, una gran disponibilidad para acoger a su pueblo y un enorme cariño al mismo» (p. 722). Y en ese pueblo fueron los desfavorecidos y marginados los que ocuparon el lugar preferente de su corazón. A los pobres Don José María les dedicó una atención privilegiada, atención que quedaba respaldada por el tenor sencillo de su vida, por su afabilidad y entrega. Se comprende, entonces, la resonancia internacional y nacional que tuvo su Pastoral “Algunos problemas sociales de la archidiócesis de Sevilla” (febrero 1962). En ella, con convicción y sin vana retórica, el Cardenal mostraba su preocupación social, exponiendo las penurias que pasaban muchos de sus fieles, que carecían de casi todo, y requiriendo soluciones para acortar la brecha existente entre una minoría de ricos y pudientes y una mayoría de indigentes y preteridos.

Acabada la lectura de estas páginas de Don Julio Jiménez, me vino a la mente un pensamiento de Juan de Salisbury (1120-1180), quien atribuye a su maestro, Bernardo de Chartres, esta frase: «Somos como enanos a los hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos, no por

la agudeza de nuestra vista ni por la eminencia de nuestro cuerpo, sino porque somos elevados por su gran altura» (*Metalogicus*, III,4). A veces, nuestra falta de miras nos conduce a ignorar a los que nos precedieron, cayendo con frecuencia en el síndrome de Adán, que nos empuja falazmente a creer que con nosotros comienza todo y sin nosotros nada perdura, llevándonos asimismo a despreciar o minusvalorar a quienes nos antecedieron. La historia y un sano realismo, en cambio, muestran el craso error que esto conlleva. En efecto, apoyarnos en los que nos precedieron en el anuncio del Evangelio, alegrarnos por sus aciertos e imitar sus virtudes es escuela de sabiduría y antídoto contra traspies innecesarios. En una sociedad tan ardua como la nuestra, con tan intrincados y complicados desafíos, acoger la afirmación de este escritor y diplomático inglés se vuelve hoy más necesario, providencial y urgente que nunca, porque nadie nace enseñado. Más todavía, todos precisamos de referentes, de brújulas que nos orienten, de modelos que alienten nuestras vidas, pues si los ideales no se reflejan en rostros concretos, si los programas no se ponen en práctica, si la virtud no la contemplamos hecha carne y sangre, denuedo y afán, queda todo en una mera abstracción carente de fuerza y atracción. Por eso ha sido un gran acierto traer a colación, mediante este volumen, la talla humana y espiritual de Bueno Monreal, hombre que sigue dando lecciones a quien las quiera aprender y cuya memoria no deja de ser luz en la hodierna encrucijada por

su rica personalidad, aderezada, según afirma en el prólogo del mismo Mons. Juan del Río, Arzobispo castrense de España, por «un acentuado sentido común y profunda sensibilidad. Era capaz de descubrir lo positivo de cada situación, y siempre mostró un rostro amable de la Iglesia, allá donde su vocación le condujo durante su andadura terrena» (p. 19).

En conclusión, a cuantos no quieran caer en tópicos manidos cuando hayan de enjuiciar una parte no muy distante del periplo de la Iglesia española, a los que no apetezcan repetir deslices pasados, a quienes busquen claves para entender con mayor honra el actual panorama civil y eclesial, así como a aquellos que anhelen afrontar el futuro con pujanza misionera y entusiasmo renovador, invitamos a la

lectura reposada de esta monografía del Dr. Jiménez. No quedarán defraudados, porque el modo en que Don José María Bueno ejerció su ministerio episcopal y su instructivo magisterio, como indica en el epílogo de la misma Mons. Juan José Asenjo, Arzobispo de Sevilla, «nos puede aportar mucha luz a la hora de afrontar los problemas de esta hora, que ciertamente por su complejidad no son menores que aquellos a los que él tuvo que enfrentarse. Es cierto que las personas de una u otra época somos distintas, pero no deja de ser cierto que los problemas de antaño muchas veces son análogos a los problemas del presente, porque, en el fondo y en tantos casos, no dejan de ser fruto de la debilidad humana» (p. 740).

Fernando Chica Arellano